

## 12. La destrucción de satanás

¿Será Satanás destruido? Esta pregunta puede parecer extraña para algunos, porque somos conscientes de que hay quienes consideran la eternidad de Satanás tan bien establecida en sus mentes como la eternidad de Dios. En la opinión popular, el diablo y sus ángeles nunca dejarán de existir, sino que vivirán por toda la eternidad en el infierno, blasfemando a Dios y atormentando a los perdidos. ¿Pero es esto razonable? ¿Es bíblico? Que Dios perpetúe la existencia del diablo y de todos los impíos, no los beneficiaría; están perdidos sin remedio, y su castigo no es reformador. ¿Podría un Dios de amor y misericordia deleitarse en tal escena de dolor y sufrimiento? ¿Es necesario mantener tal ejemplo eternamente a la vista de los santos y los ángeles para mantenerlos en sujeción? ¿Permanecerá eternamente tal mancha inmundada para empañar la belleza y la felicidad del hermoso universo de Dios? No; tal pensamiento es tan aborrecible para la razón como opuesto a la Biblia. La verdad y la justicia son las únicas perdurables y eternas. El pecado y los pecadores son ambos desarrollos anormales, en guerra con el Creador y Gobernador, y, por la propia naturaleza de las cosas, deben llegar a su fin. Dios una vez tuvo un universo limpio, y lo tendrá de nuevo.

La Biblia enseña que tanto los hombres impíos como los demonios serán destruidos, y dejarán de contaminar el reino y el gobierno de Dios. Hablando de la humillación de Cristo, Hebreos 2:14 dice: «Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14). Entonces, tan ciertamente como murió, tan ciertamente destruirá al diablo, porque el propósito de su muerte se cumplirá. Hemos visto que el querubín protector de Ezequiel 28 es el diablo. Dios dice de él: «Yo te destruiré, oh querubín protector, de en medio de las piedras de fuego. Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra, te pondré delante de los reyes para que te miren. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tu comercio profanaste tus santuarios; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te convertí en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miraban. Todos los que te conocieron de entre

los pueblos se asombrarán de ti; serás objeto de terror, y para siempre dejarás de ser» (Ezequiel 28).

Aquí vemos que Satanás será reducido a cenizas sobre la tierra, y que entonces dejará de existir, porque «para siempre dejarás de ser». Él es el rey de los rebeldes. Para él, Dios preparará el lago de fuego. Todos los que sigan sus caminos serán arrojados con él en él. A los impíos el Señor les dirá: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mateo 25:41). Sobre el mismo tema dice el profeta: «Porque de mucho tiempo está dispuesto Tofet; y aun para el rey se ha preparado; lo ha hecho profundo y ancho; su pira es fuego y mucha leña; el soplo de Jehová, como torrente de azufre, lo enciende» (Isaías 30:33).

El diablo será borrado de la existencia, y todas sus obras con él. Los hombres impíos son las obras del diablo. Véase Mateo 13:38, 39. «La cizaña son los hijos del malo; el enemigo que la sembró es el diablo» (Mateo 13:38, 39). ¿Serán destruidos? Que Juan responda: «El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8). No solo el diablo mismo será destruido, sino también aquellos que han seguido sus caminos. Dice David: «A todos los impíos destruirá» (Salmos 145:20).

El Señor dice por su profeta: «Porque he aquí que viene el día ardiente como un horno; y todos los soberbios, y todos los que hacen maldad, serán estopa; y aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama» (Malaquías 4:1). Jesús dijo a sus discípulos: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos» (Juan 15:5). Los seguidores de Cristo son pámpanos de la Vid Celestial, porque dan fruto celestial por la fuerza que de Él sacan. En Apocalipsis 14:18 un ángel clama al segador sobre la nube blanca: «Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la vid de la tierra, porque sus uvas están maduras» (Apocalipsis 14:18). Así como Cristo es la Vid Celestial, de la cual el Padre es el Labrador, así Satanás es la vid de la tierra; sus seguidores dan fruto que es *terrenal, sensual, diabólico*. Están confederados en racimos de todo tipo; pero no se juntan con Cristo. Raíz y rama serán destruidas juntas. Dijo Jesús: «Toda

planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada» (Mateo 15:13). Ni un vestigio de ellos quedará para empañar la creación de Dios.

En armonía con esto, el libro de Apocalipsis habla de un tiempo cuando «a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que están en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: La bendición y la honra y la gloria y el poder sean al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5:13).

La palabra del Señor dice: «Ciertamente el justo será recompensado en la tierra; ¡cuánto más el impío y el pecador!» (Proverbios 11:31). Cuando la tierra sea hecha nueva, los justos la tendrán como posesión eterna. Pero ellos tendrán un reinado de mil años en la ciudad de Dios en el cielo. Los impíos tienen su recompensa en la tierra, porque es aquí y solo aquí donde sufren su castigo. En este sentido, son recompensados en la tierra «mucho más» que los justos. Pedro dice: «Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (2 Pedro 3:7). Esta tierra presente está reservada para el fuego; porque «los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (2 Pedro 3:10).

Esto demuestra que ni el diablo ni los impíos están aún sufriendo en el fuego al que están destinados. Jesús dice que su partida al fuego es después de que Él venga en su gloria (Mateo 25:31-41). Pedro dice que esta tierra se derretirá con calor ardiente en el día de la perdición de los hombres impíos.

Y así el libro de Apocalipsis. Cuando Satanás reúne las huestes de los impíos alrededor del campamento de los santos y la ciudad amada, fuego descende de Dios del cielo y los devora. Esto es después de los mil años, después de la resurrección de los muertos impíos. Este es el fuego que derrite la tierra, y quema todo lo que pertenece al pecado y la maldición. Este es el fuego de Gehenna, porque la tierra derretida será el lago de fuego en el que Satanás y sus ángeles, y todos sus seguidores, serán destruidos; cuando todos los que hacen maldad sean quemados y no les quede ni raíz ni rama.

Aquí termina la controversia entre la justicia y la iniquidad. Ahora, ¿qué ha ganado Satanás con su rebelión? Nada más que la miserable satisfacción de haber hecho el mal por un tiempo. Ha perdido todas las alegrías del cielo, el placer de hacer lo correcto, y la conciencia de ser puro e inocente, y la felicidad de ser amigo de Dios. Pero sobre todo ha perdido la vida eterna. Si hubiera permanecido obediente a Dios, habría vivido por toda la eternidad sin dolor, ni enfermedad, ni el temor a la muerte. Pero ahora tiene que morir, hundirse en la oscuridad del *olvido eterno*. ¡Oh, qué pensamiento tan terrible debe ser para Satanás, que una vez ocupó una posición tan exaltada en el cielo! ¿Podemos suponer que el diablo ha sido feliz durante los últimos seis mil años, en el dolor y la miseria que ha producido en el mundo? No; es imposible. ¿Y qué diremos de aquellos de la raza de Adán que han sido sus *cómplices y seguidores voluntarios*? Han sido advertidos, han sido suplicados, por los terrores de la muerte, por las alegrías de la vida eterna, por el valor precioso de la sangre de Jesús derramada por ellos, para que se arrepientan y vivan; pero contra todo esto se han desviado hacia la ruina. Ahora aprecian la pregunta del Salvador: «¿De qué le sirve al hombre si gana todo el mundo y pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma» (o vida)? Cuando esto se pierde, todo está perdido. Para ellos está reservada «la oscuridad de las tinieblas para siempre» (Judas 13).